

Documento: Gabriela

Arcesio Escobar

El poema que se publica en esta entrega es una auténtica rareza bibliográfica: fue publicado en la revista El Oasis de Medellín en diversas entregas del año 1868 y no hubo que sepamos ninguna edición posterior. Hemos actualizado la ortografía puesto que, como es sabido, los liberales y conservadores estaban divididos hasta en eso, de suerte que para los radicales las letras X, Y, W, y alguna otra, sobraban en el alfabeto. Gabriela es un romance en verso octosilábico cuyo tema es el del abuso de la Patria Potestad por parte del padre de una joven para obligarla a casarse con un hombre a quien ella no ama, tema éste motivo de importantes relatos y poemas de la literatura temprana antioqueña, y verdadero problema sociológico del siglo XIX.

Jorge Alberto Naranjo

Capítulo primero **El Baile**

No de Medellín muy lejos,
De una colina a la falda,
Cercada de verdes árboles
Existe una hermosa casa,

Donde una noche serena
Alegres gentes bailaban

En medio de la arboleda
Bajo de las verdes ramas,

En que alumbraban flotantes
Bellas y lucientes lámparas,
Que levemente mecían
Los céfiros de sus alas.

En el azul firmamento
También la luna brillaba,
Alumbrando aquella fiesta
Con su débil luz de plata.

Y entre los revueltos giros
De la caprichosa danza,
Flotaba como una sombra
Una bella joven pálida,

En cuya frente ceñía
De azahar una guirnalda,
Pendiendo de sus cabellos
Un blanco manto de gasa.

Sus dos grandes ojos negros
Bajo las largas pestañas,
Eran dos astros lucientes
Al través de nubes pardas.

Su talle erguido y flexible,
Su boca color de grana;
Y su voluptuoso seno
Diáfano cendal guardaba.

Es pura como un ángel,
Y tierna como una lágrima,
Dulce, como una caricia
De la mujer que se ama.

Cuando balanceaba el talle
En la grave contradanza,
O cuando un valse ligero
Flotaba cual nube blanca,

Todos fijaban en ella
Con avidez la mirada,
Contemplando su belleza
Y arrobados por su gracia.

Era Gabriela su nombre
Y su traje revelaba
Que era la novia del baile
Y de aquella fiesta el alma.

Pero tal vez la afligía
Alguna pena callada,
Porque anublaba su frente
La sombra de la desgracia.

Y pesar de la alegría,
Del contento y de la zambra,
Su mirada indiferente
Tenía un no se qué de vaga;

Como si algún pensamiento
Su cabeza calcinara,
O su corazón tuviera
Alguna secreta llaga,

A veces se sonreía,
Mas con expresión amarga,
Y después de la sonrisa
Enjugábase una lágrima.

Suspiraba con zozobra,
Y al menor ruido temblaba,
Cuando en las hojas oía
El susurro de las auras.

Y es que la tristeza, tanto
Nuestro valor amilana,
Que vemos siempre peligros
En cada sombra que pasa.

Las sonrisas son suspiros,
Y los cantos son plegarias:
Todos los ruidos son quejas,
Las ilusiones, fantasmas.

Por eso fue que Gabriela,
 Cuando un cárabo cantara,
 Sacudiendo entre los árboles
 Con ruido sus pardas alas,

Lanzó conmovida un grito
 E inmóvil como una estatua,
 Creyó escuchar en su canto
 Un augurio de desgracia.

Pero qué pesar oculto
 El corazón la desgarró,
 En la noche de su boda
 Y en medio de fiesta tanta?

¿Será que ha dado su mano,
 En aquella noche infausta,
 A un hombre por quien no siente
 Del amor la dulce llama?

¿Y obedeciendo de un padre
 A la voluntad tirana,
 Ha sido de la avaricia
 Sacrificada en las aras?

Nada se sabe, mas dicen
 Que Gabriela es desgraciada
 Porque esa noche se ha unido
 Con un hombre a quien no ama.

Además, que hay un mancebo
 De figura muy gallarda,
 Para quien Gabriela ha sido
 El porvenir y esperanza,

Y a quien ella desde niña
 Su existencia consagrara,
 Con todas sus ilusiones
 Y toda la fe de su alma.

Mas, que el padre de Gabriela
 Se opuso a que se casara
 Con aquel honrado joven
 Que era de fortuna escasa;

Y hoy la ha dado en matrimonio
 A don Álvaro Sanruga,
 Hombre de inmensas riquezas
 Y posición elevada.

Todo esto en aquella fiesta
 Los danzantes conversaban,
 Después de dar parabienes
 A la hermosa desposada.

Pero era ya media noche,
 Y mientras se descansaba
 De la agitación del baile
 En dulces y alegres pláticas,

Van a la mesa contentos,
 En bulliciosa algazara
 A renovar la alegría
 Con los humos del champaña,

Capítulo Segundo **El Festín**

De alegre mesa alrededor sentada
 La comitiva de la boda está,
 Bajo de una alameda perfumada
 De naranjos cubiertos de azahar.

De allí se ve a don Álvaro contento,
 De vanidad henchido el corazón:
 Y a Gabriela agobiada de tormento,
 Perdida su esperanza y su ilusión.

Alza alegre don Álvaro la copa
 Y brinda por el triunfo de su amor
 Mientras Gabriela entre su blanca ropa
 Una lágrima oculta de dolor.

Pobre Gabriela! el sol de sus amores
 En una noche eterna se apagó;
 Hoy entra en una senda de dolores
 Donde su avaro padre la lanzó.

¿Pero por qué don Álvaro no mira
De Gabriela el inmenso padecer?
¿Por qué cuando ella con su afán suspira
El se embriaga de júbilo y placer?

Quizá juzga que aquella pesadumbre
Es de una virgen natural temor
Que es la duda cruel, la incertidumbre
De una novia en la noche de su unión.

Mas de repente el lánguido sonido
De una dulce guitarra se escuchó,
Como el eco lejano de un gemido
Errante de la noche entre el rumor.

Y oculto tras un árbol corpulento.
Con aire en su semblante de dolor
Hay un joven que pulsa el instrumento
Y a su compás entona esta canción:

“El mundo es un vil mercado
Donde todo se puede vender
Todo, hasta lo más sagrado,
Y novios hay que han comprado
Para esposa una mujer.

Pero en esposa comprada
No se puede tener fe,
Que una mujer desgraciada,
Si está de otro enamorada
Puede ser tal vez infiel”

Y como si este canto,
Un rayo hubiera sido.
Que hiriera a los esposos
En medio del festín,

Quedaron un momento
Confusos, sin sentido,
Sin comprender entonces
Lo que pasara allí.

La vista de Gabriela
Cubrió de llanto un velo,
Y en lánguido desmayo
Su frente se inclinó,

Cual tímida paloma
Que en medio de su vuelo
Oyera de repente
El grito de un halcón.

Don Álvaro rabioso
Alzóse del asiento,
Y quiso con arrojo
Lanzarse hacia el cantor;

Pero al ver a Gabriela
Inmóvil, sin aliento,
Tomóla entre sus brazos
Convulso de dolor.

A la inmediata estancia
Llevóla presuroso
Un pomo de perfumes
Haciéndola aspirar;

Y desatando el traje
Del seno voluptuoso,
Quedó cubierto apenas
Con diáfano cendal.

Los ojos de don Álvaro
Fijáronse anhelantes
Sobre los blancos pétalos
De aquella tierna flor,

Y ardiendo en fuego impuro,
Miró algunos instantes
Aquel turgente seno
Del ángel de su amor.

Pero una carta oculta
Doblada sobre el pecho
Entonces con asombro
Su vista descubrió!

Tomóla tembloroso
Y lleno de despecho
Con ávida mirada
Don Álvaro leyó.

Capítulo tercero

La Carta

Te vas a unir a un hombre con un vínculo
Que la muerte no mas desatará.
Mas al jurar amor a ese hombre, pérfida,
Tu labio balbuciente mentirá.

Tu corazón al parecer purísimo,
Por otro hombre se abrasa en loco amor,
Y sin embargo jurarás impávida
Entregarle a tu esposo el corazón.

Tu triste suerte compasión inspírame;
Tu perjurio me causa indignación;
Pobre mujer! de la avaricia víctima,
Manchada con estigma de baldón.

Hoy ya son vanos tus esfuerzos débiles,
Tu orgullo no te deja retractar,
Y con un juramento atroz, sacrílego,
Vas a insultar a Dios en el altar.

Mas mereces perdón, porque eres tímida
Y ante la fuerza tu valor cejó;
Tu padre cruel por un vil cálculo
La promesa maldita te arrancó.

Cuando te miro siempre melancólica
Revelando tu angustia y tu dolor,
Te me pareces a la amante tórtola
Que llora viuda su perdido amor.

Dios puso por castigo de los crímenes
De la conciencia el fiero torcedor,
Y tú ya sientes que esa horrible víbora
Te muerde sin cesar el corazón.

Por eso está tu faz marchita, pálida,
Tus ojos apagados, sin fulgor;
Y una sonrisa convulsiva histérica,
Tus labios pone en triste contracción.

Cuando te pida tu presunto cónyuge
Una caricia, un beso quemador,

Se los darás como la esclava mísera
Que agasaja obediente a su señor.

Y esas caricias y esos yertos ósculos
No tendrán la ternura del amor,
Y serán para ti martirio crónico
Que agostará tu juventud en flor.

Alguna vez quizá indiscreta lágrima
Quemante rodará sobre tu faz,
Y expresará que un sentimiento adúltero,
No deja que haya en tu conciencia paz.

Mas, por deber, tendrás que ser hipócrita
Y tu pena fatal ocultarás,
Que cuando el llanto es criminal, adúltero,
Una esposa no puede ni llorar.

Peor será tu suplicio que el de Tántalo
Sin poder apagar su ardiente sed.
Porque tú siempre beberás el tósigo
Y nunca, nunca acabarás con él.

Y es un tormento todavía más hórrido
Beber eternamente amarga hiel,
Que ver el agua, murmurante, límpida
Y no poder calmar la ardiente sed.

Entre algazara y bullicioso júbilo
A la iglesia mujer te llevarán.
Y tus verdugos maldecidos, réprobos,
El sacrificio atroz consumirán

Después vendrá la comitiva espléndida
Con faz risueña a darte el parabien
Mas en medio del brindis y los plácemes,
Fiebre terrible quemará tu sien.

Aquella boda la crearás quimérica
Visión tal vez de pesadilla atroz,
Que martiriza tu afligido espíritu
Y tortura tu tierno corazón.

Pero ¡Dios santo! Nada habrá fantástico
 Todo será por tu desgracia real,
 Será el festín con que, infelice víctima,
 Disfrazan tu aparato funeral

Flor ofrecida a la avaricia sórdida
 Que sacrifica al oro la virtud,
 En aras de un mandato cruel despótico,
 Ofrendaste tu amor, tu juventud.
 Ojalá puedas oponer santísima
 Resignación a tu fatal dolor
 Porque sinó profanarás tu tálamo
 Con la mancha de eterno deshonor.

Ofender puede tu virtud angélica
 Esta horrible y cruel suposición;
 Pero es que el crimen es el triste término
 Donde acaba el exceso del dolor.

Al leer esta carta nublóse su frente;
 Un fuego en sus ojos siniestros brilló;
 Rompióla en seguida con mano tremente
 Y luego postrado cayó en un sillón.

Apoyó en las manos la sien palpitante
 Acaso queriendo su afrenta ocultar,
 Y en hondo silencio sumido un instante,
 Sintió en su cabeza terrible volcán.

Y viendo perdida quizá la esperanza
 De ser de Gabriela feliz poseedor,
 Buscando agitado sangrienta venganza
 Salió de la estancia con paso veloz.

Gabriela entretanto siguió desmayada
 Y un hondo suspiro su pecho exhaló
 Diciendo anhelante, con voz apagada
 "Perdóname Carlos, es tuyo mi amor."

Las gentes huyeron después con espanto,
 La casa en silencio profundo quedó,
 Y allá en la arboleda de un cárabo el canto,
 Cual triste lamento de nuevo se oyó.

Capítulo cuarto El Duelo

Como el torrente que crecido rueda
 Por la pendiente de elevada loma,
 Y cada instante más veloz arrastra
 Sus turbulencias y agitadas ondas;

Así corre don Álvaro furioso,
 El frenesí creciendo de su cólera
 En busca del amante de Gabriela
 Para vengar su mancillada honra.

Va en su caballo de color retinto
 De sus pesebres la primera joya,
 Que largo tiempo preparado había
 Para estrenar en su deseada boda.

Rápido cruza la arboleda espesa
 Do antes sonaba música sonora,
 Y donde luego solamente se oye
 El murmullo del viento entre las hojas;

Pero se encuentra en su camino un hombre
 Que camina con marcha perezosa,
 Y que en aperos de orejón cabalga
 Un corcel blanco de gallardas formas.

Flotante ruana de sus hombros cuelga
 Sobre zamarros de una piel lustrosa,
 Y en el estribo de metal resuena
 El casquillejo de su espuela corva.

Fuerte retranca de la silla pende
 Que los ijares del caballo adorna,
 Y de éste en la cerviz, luce galana
 Una amarilla jáquima reinosa.

Debajo las corazas de la silla
 Enroscada se ve la dócil sogá
 Y entre los dos bordados cojinetes
 Luce un par de magníficas pistolas.

Era el cantor: —Don Álvaro irritado
 Lanzó sobre él una mirada torva

Reconociendo a Carlos, el amante
A quien Gabriela enamorada adora

Don Álvaro

El nocturno trovador
Que canta como un jilguero,
Le sostendrá a un caballero
Las serenatas de amor?

Don Carlos

El que esta noche ha cantado
Entre la arboleda oculto
Os responde el insulto
Que juzguéis os ha irrogado.

Aunque a decir la verdad,
Mi canción es verdadera;
Y ojalá fuera quimera
Por vuestra felicidad.

Pero vos habéis comprado
A Gabriela, por dinero,
Porque sois un usurero
Para quien nada hay sagrado

Y en vuestra codicia impía
Habéis llegado a creer
Que una inocente mujer
Es una vil mercancía.

Y si hay un padre feroz
Que os haya su hija vendido
Hay un amante ofendido
Que os castigará a los dos.

Don Álvaro.

El insolente cantor
Ha de saber pronto cómo
Una mordaza de plomo
Yo le pongo al trovador;

Y veré con dicha suma
Si aparece tan ufano
Con una pistola en la mano
Como con liviana pluma.

Porque debéis de entender
Que aquella infamante esquila
Que mandásteis a Gabriela,
La he tenido en mi poder.

Y ahora mismo, sin tardanza
Vos me daréis de ella cuenta,
Porque he jurado mi afrenta
Borrar con pronta venganza.

Don Carlos

Estamos solos y el punto
Tan a propósito está
Que muy pronto se sabrá
Cuál de los dos es difunto.

Yo tengo aquí preparado
De pistolas un buen par,
Con que no más conversar.

Don Álvaro

Pronto estaréis castigado

Después el ruido se oyó
De dos tiros, y postrado
En propia sangre bañado
Don Álvaro allí cayó

Y luchando con la muerte
Que le preparó el destino
Dijo a Carlos: "Asesino"
Y quedó exánime, inerte.

Carlos se alejó de allí
Diciendo con triste voz:
"Gabriela, un crimen atroz
Hoy me separa de ti"

Capítulo quinto
La Monja

Es de noche. En la celda de un convento
Al pie de un crucifijo arrodillada,
Reza, sobre el humilde pavimento
Solitaria una monja desgraciada;

Su pecho exhala a veces un lamento
Que le interrumpe la oración sagrada,
Porque sus ojos con tristeza lloran
Mientras sus labios balbucientes oran.

De la celda se ve por la ventana
A la luz de la luna temblorosa,
De una colina en la extensión lejana
Una casa de campo silenciosa,

Y una guirnalda de árboles galana
La cubre con su sombra misteriosa
Y allí dos años hace se danzaba
Cuando esta monja entonces se casaba.

De su boda las galas se han trocado
Por un sayal, remedo de sudario;
Su blanco cuello de marfil torneado
No tiene más adorno que un rosario;
El corazón que a un hombre había entregado
Se ha ofrecido por don en el santuario,
Y a través de la toca se revela
Que aquella monja es la infeliz Gabriela.

Pero entregada a horrible desconsuelo,
Por sus tristes memorias afligida,
Cuando dirige su oración al cielo
Por el perdón de su pasada vida
Escucha en alta noche, en su desvelo
Una queja tristísima, perdida,
Y los vientos murmuran a lo lejos
De esta canción los desmayados dejos;

“Ay! para qué te ví idesventurado!
Si no puedo llegar nunca hasta ti,
Si un muro entre los dos se ha levantado
Y que nunca por mi será salvado,
Mujer hermosa ¿para qué te ví?

Si has de pasar tu solitaria vida
Entre esos muros encerrada así;
Perdida al mundo y al placer perdida,
Cual la violeta tímida, escondida
Entre las zarzas ¿para qué te ví?

Si al verte yo guardada entre prisiones
No he de esperar para mi amor un sí;
Si no tienes mundanas ilusiones,
Si solo deben santas oraciones
Tus labios pronunciar –¿por qué te ví?

“Si hay amor en tu pecho y si guardados
Tienes tesoros de ternura allí,
Si esos tesoros dulces deseados,
Solo a Dios se los tienes consagrados,
¿Por qué, bella mujer, por qué te ví?

“Mas si escondieras bajo el santo velo
De algún secreto amor el frenesí,
Si le rogaras por un hombre al cielo
Y fuera yo el objeto de tu anhelo,
Oh! Feliz, muy feliz porque te ví!”

Junto al convento, un hombre misterioso
Esta canción lloroso repetía,
Y su acento afligido y quejumbroso
En el espacio inmenso se perdía:

Y mientras de la noche en el reposo
Aquel desventurado se gemía,
Gabriela sin pensar en sus dolores
Delira con imágenes de amores.

Y al escuchar aquella voz lejana
Exhaló de su pecho hondo lamento.
Pensando triste en la pasión mundana
Que viene a recordarla aquel acento;

Pues no han matado su pasión insana
Dos años de dolor y sufrimiento;
Y aunque es hoy ya, para su amor muy tarde
Aquel sensible corazón aún arde.

Capítulo sexto**Conclusión**

Desde la cima de elevado monte,
Se ve de Medellín el verde llano,
Sus torrentes, su cielo de verano,
Sus montañas de forma colosal.

Es la llanura un árabe mosaico
Matizado de mieses y de flores
Y de un sol tropical los resplandores
Bañan de luz el panorama ideal.

Y Medellín en la mitad del valle
Como una virgen sobre verde alfombra,
De palmas y de sauces a la sombra
Y bajo un cielo hermoso de cristal.

Y entre juncos y cañas y maizales
El Aburrá destrenza su corriente,
Como cinta de plata reluciente,
Enredada en las cañas y en juncal.

Y hay en el valle fuentes que murmuran
Arrastrando sus aguas entre flores,
Y hay pájaros pintados de colores
Que entonan cantos a su dulce amor;
Y hay selvas y sabanas de esmeralda
Y brisas perfumadas y jardines
Y bosques y naranjos y jazmines
Y un horizonte azul encantador.

Y en aquella ciudad y en aquel valle
De Carlos y Gabriela no hay memoria,
Que se olvidó su desgraciada historia
Al transcurso del tiempo que pasó.

Gabriela entre el misterio del convento
Al mundo le ocultó su desventura;
Y devorando a solas su amargura
Consumida de amor por fin murió.

Carlos huyó a las selvas abrumado
Por la carga fatal de su destino,
Y entre ásperas montañas peregrino
Murió también en triste soledad.

Nadie lloró su muerte, porque hay seres
A una eterna desgracia condenados,
Y que viven y mueren olvidados
En medio del dolor y la orfandad.

Arcesio Escobar.
El Oasis, Medellín, 1868



*Las enfermedades del alma pueden producir la muerte
y eso puede considerarse suicidio.*

George Christoph Lichtenberg